

cia que los papas se unian al filósofo burlon, llenos de rabia con sus recíprocas acusaciones. Francia sopla aquel fuego, tratando de volver el papado á la tutela de Aviñon; pero entretanto se encuentra aislada, siendo acometida, como cismática por la Inglaterra, y amenazada con el orobio de una dominacion extranjera. Los concilios de Basilea y Constanza, arcópagos de Europa, devuelven su importancia al imperio por la gran parte que en ellos tomó Sigismundo, el cual toma de las herejías pretexto ú ocasion para extinguir la nacionalidad de los pueblos disidentes.

Consolidada, pues, la paz pública, principia la guerra moral; cuando se asegura el orden político, principia el trastorno intelectual. Así que triunfó en España el esfuerzo nacional contra un enemigo comun, bajan los caracteres de su poética altura: Francia, Inglaterra, Italia, no estando ya unidas para guerras externas como durante las Cruzadas, se acometen unas á otras, y principia á extenderse por toda Europa aquel cálculo material de un equilibrio político, que sustituido á toda idea moral, causará tantas guerras como presume impedir. En Italia especialmente nace una política de guerras sordas, secretas, falaces, inspiradas por la envidia, por las disputas, por el egoísmo, y que se sirven de las intrigas mas que de la fuerza. La decadencia de las antiguas costumbres afirma en aquel país el poder despótico; pero dividido y por tanto débil y expuesto, en primer lugar, á las disensiones civiles y á la envidia de los vecinos, y en segundo á la dominacion extranjera; mientras que por el contrario Francia, España é Inglaterra consolidan con el poder monárquico su nacionalidad.

Esta refinada diplomacia tiende á la unidad, exigiendo sigilo y direccion fija. El inmoral poder del oro modifica aquellos cálculos; él declara las guerras, reúne ó dispersa los ejércitos, quebranta el heroísmo suizo, da importancia á los banqueros, á los Judíos, á los fiscales; obliga á los reyes á que procesen y confiscuen, á los químicos á que den tormento á los crisoles, á los magos á que busquen las artes ocultas, á los mercaderes á que viajen, y en breve por su medio obligará Colon á que le sigan á hacer su gran descubrimiento con solo decir: « El oro es una cosa excelente; con el oro se forman tesoros; con el oro se tiene todo lo que se desea en este mundo; con el oro se hace tambien llegar las almas al paraíso. »

Los gobiernos no se han atrevido todavía á profesar en alta voz el ateísmo de la política y la soberanía del interes, y se proponen empresas de sentimiento, ya fingiéndole en favor de la Tierra Santa, ya en contra de los Turcos, y aun se jacta algun pontífice de que puede reunir la Cristiandad: los adelantos que se han hecho en las armas homicidas se reservan solamente para combatir á los infieles. Era, pues, apreciado todavía el nombre de Cristiano, que

los siglos siguientes tendrán á gala cambiar por un nombre político.

Entretanto á los peligros del desorden suceden los de la centralizacion. Los nobles humillados tratan de adquirir importancia ó alguna parte del poder, haciéndose aliados y súbditos del rey, el cual no teniendo ya necesidad de halagar al pueblo, empieza á odiar las libertades de este. Los ejércitos permanentes destruyen el feudalismo, porque el esclavo se alista como soldado y el rey tiene quien ejecute sus decretos sin acudir al brazo de los nobles. Las armas de fuego dan á los reyes las fortalezas y la preponderancia; los monarcas creen que el poder es la medida de sus actos, y en vez de los delitos contra la religion, se inventan otros contra la majestad; así que prevalecería una torpe tiranía, si no la detuviesen la imprenta y los progresos del pensamiento.

El comercio se aumenta y con él las relaciones de los pueblos; ya no se hacen tratados entre castillo y castillo, sino entre Comunes y pueblos; la riqueza mueble crece junto á la numeraria; pero esta era nueva, y no deben causar extrañeza las inexpertas tentativas que se hacen para arreglarla. Se cree que puede reformarse la moneda, y alterarla á voluntad, y fijar el máximo de las ventas, como lo hizo en Francia Felipe el Hermoso en 1304; imponer rigurosas leyes suntuarias, como sucedió allí mismo en 1294 y con frecuencia en Italia; limitar la usura con leyes que la aumentan; regularizar las alcabalas con perjuicio de los vecinos. Se multiplican las leyes acerca del comercio, de los Lombardos y de los Judíos; se forman sociedades mercantiles, algunas de las cuales llegan por fin á ser soberanas. Pero las naciones no se buscan unas á otras para robarse cometiendo violencias, sino para comerciar y hacer tratados; se respeta el derecho de gentes; los abusos de la fuerza hallan á lo ménos la protesta y el odio; los feudatarios se dedican al trabajo, y principia á comprenderse la fuerza de la asociacion.

Adquieren entonces casi la misma importancia los juriscultos, que creados por los señores feudales y por el Catolicismo, se vuelven contra aquellos. Los de la antigüedad, que eran hombres de Estado, se hacian letrados y oradores por mero pasatiempo; los modernos hacian de jueces, especialmente en ausencia de los barones; en adelante no se dará un paso sin consultarlos, ya se quiera disfrazar una grande injusticia, ya reducir á justos términos la autoridad de los reyes ó de los pontífices. Cuando la bala del villano traspasó la coraza del señor; cuando los príncipes tuvieron que pedir prestado á los mercaderes para pagar á sus tropas; cuando el legista tomó posesion del tribunal, ocupado antes por el baron armado, y á los juicios de Dios reemplaza los testigos, el interrogatorio y los textos de las leyes, pudo decir el pueblo que habia comenzado su época, con cuya continuacion debia llegar á serlo todo.

La época que hemos descrito, se halla en los confines de dos mundos, el feudal y el popular, el pasado y el futuro, por eso tiene tanta parte de fantástica y de positiva, de cálculo y de ligereza; caracteres grandiosos y almas poéticas junto á los meditados decretos de los reyes, y á las prosáicas indagaciones de los letrados y juriscultos; enfrente de Bernabé, de Luis XI, de Enrique VII, de Alberto de Austria y de Nicolas de Sira, nacen en desacuerdo con ellos Dante, Rienzi, Duguesclin, Juana de Arco, Francisco Sforzia, Mahomet II, Bayaceto, Carlos el Temerario, Gustavo Wasa, Isabel y Jiménez de Cisneros.

No debe olvidarse que la civilizacion se difundia entre los mayores pueblos y mayor número de clases, precisamente cuando ocurrían desastres que se hubieran creído suficientes para destruirla. Además de la peste negra que hemos visto dar la vuelta á la Europa, y que en Italia arrebató á tantos hombres ilustres, toda el Asia fué sacudida por horribles terremotos que en el año 1342 y siguientes agitaron el Egipto y la Siria; en aquel mismo año se vieron anegados los alrededores del Rhin y algunos países de Francia, no por las lluvias, sino por torrentes desbordados, quedando sumergidos de un golpe los sitios secos. Tres años despues hubo diluvios universales, hundimientos, carestía; en Italia las lluvias incesantes de cuatro meses corrompieron las semillas, por lo cual Florencia preparaba diariamente noventa y cuatro mil raciones de doce onzas de pan para los necesitados, ocurriendo en los dos años inmediatos una extraordinaria carestía y la consiguiente mortandad. Despues en 1348 se notaron tambien las señales de aquella gran convulsion interior del globo que se habia manifestado en China en los años anteriores: el 25 de enero empezó á conmoverse la Grecia é Italia, destruyéndose las casas y templos; en Carintia se arruinaron treinta Comunes y todas las iglesias; Villac se hundió; de muchas ciudades no quedó la menor señal; mudaron de asiento algunas montañas, y cambió de faz la superficie de varios terrenos. Los terremotos se prolongaron hasta el año 1360, y sin embargo, los habitantes de la lejana Islandia se vieron libres de ellos; Dinamarca y Noruega interrumpieron sus acostumbrados viajes á la Groenlandia, en cuyas orillas orientales se amontonaron entonces aquellos hielos que ningun extranjero ha vuelto á visitar hasta nuestros dias. Espantosos huracanes se renovaron en Italia en el mes de diciembre de 1456, de tal manera que, segun dice San Antonino, mas de sesenta mil personas perecieron, la mitad de ellas en la sola ciudad de Nápoles (ep. 207), y una isla, toda llamas, surgió en el mar Égeo.

Los hombres padecian males sin cuento y perecian á millares; pero así como al dia siguiente de una batalla los que sobreviven marchan al triunfo sin cuidarse de los que han sucumbido, así tambien las sociedades, diezma-

das, no debilitadas, volvian á emprender la senda trazada por la Providencia.

La Italia, cuando empezó á perder la importancia que le habian dado la supremacia papal y las repúblicas, alcanzó otra, debida al desarrollo de las facultades mas nobles del espíritu, llegando á ser para el resto del mundo maestra en las artes, política y literatura. Esta última constituyó entre las naciones aquel vínculo que formaba antes la religion, y así como se habia dicho en otro tiempo república cristiana, se dijo entonces república literaria. Esta, si bien pudo parecer á primera vista cosa de pura diversion, debia con el tiempo adquirir firmeza, sentir su dignidad, y figurar entre las demas fuerzas motrices del mundo, creando la opinion; y cuenta que las opiniones deberán un dia mandar á las bayonetas. El idioma latino depone el modo de la edad média; el griego se difunde; el alemán sale mejorado de la variedad de dialectos; el francés y el inglés progresan, si bien aun les falta mucho para llegar á su perfeccion futura. El italiano ha alcanzado ya su magnificencia, y lo que es mas importante, en Italia los literatos son tambien hombres de accion. Desgraciadamente la literatura se desvía de la noble senda á que la habian lanzado los que le hicieron dar sus primeros pasos en el seno de las repúblicas, y una vez reducida á mendigar en las córtes, ¿cuál habia de ser su influencia sobre la nacion?

Por su parte las artes, que en la edad média formaban un grupo alrededor del altar, dividiéndose ahora, se perfeccionan; las formas góticas se mezclan con las griegas; el arco redondo con el agudo; la vanidad fantástica con la correccion de los adornos clásicos, hasta que se separan, elevándose las formas á costa del sentimiento, y dirigiéndose no al alma, sino á los sentidos.

¿Qué sacudimiento no debió producir en las inteligencias la repentina difusion de quince mil libros impresos, mas correctos que los manuscritos y mas baratos! Á la lectura escasa, atenta, repetida, sucede la rápida y multiplicada; á las convicciones incontrastables, porque no eran combatidas, la extension de los conocimientos y el deseo de adquirir otros nuevos. ¿Qué placer al leer los autores clásicos á medida que eran exhumados, sin la preventiva aversion inspirada por las escuelas! Es, pues, perdonable que el culto de la antigüedad se convirtiese en idolatría, y que entrase un verdadero frenesí de renovarla, en vez de pensar en competir con ella.

El imperio del talento pasa entonces de los escritores originales á los eruditos, gente laboriosa, pero no inventora, que en metafísica y moral no iban mas allá del punto á que habian llegado los escolásticos. En la historia y en las antigüedades dejaban campo á la impostura; y en la exposicion violentaban los pensamientos sin conseguir la deseada pureza.

La erudicion es la forma general de todo es-

udio y progreso en aquella época; los textos son una autoridad, y para convencer basta citar; la medicina se dedica á explicar ó combatir á Hipócrates y Galeno; la filosofía busca en Platon ó en Aristóteles la base de sus argumentos y hasta el velo que cubre sus atrevidas opiniones; la alquimia se apoya en antiguos nombres venerados; la estrategia, á pesar de las nuevas armas, se fatiga estudiando á Onesandro y Vegetio, y tratando de reconstruir el puente de César sobre el Rhin; la arquitectura busca en Vitruvio, no solo los preceptos de la imitación, sino también la justificación de las innovaciones.

En esta liza inevitable, los ánimos independientes no limitan la restauración de los clásicos á una industria literaria, sino que la extienden á la misma vida; emperadores y repúblicas buscan allí leyes é instrucciones; los jurisconsultos tratan de extender y á veces de poner trabas á los nuevos derechos, y Nicolas Montano, Nicolas Rienzi y Porcari meditan la reforma de su patria, inducidos por recuerdos clásicos.

Pero en medio de sus estudios, que versaban

todos acerca de la antigüedad, aquellos atrevidos pedantes sentían agitarse el mundo moderno, y mientras Colon, llevado de la erudición, se obstinaba en su glorioso error, Pedro Mártir de Anglería escribía á Pomponio Leto (ep. 152): « No pasa día sin que se nos cuenten » nuevos prodigios de ese nuevo mundo, de esos » antípodas de Occidente, que cierto Genoves, » llamado Cristóbal, ha descubierto. Creo que te » habrás estremecido de alegría costándote tra- » bajo para contener las lágrimas cuando por » mis cartas has tenido noticia del orbe igno- » rado hasta ahora. ¿Qué manjar mas suave » que este para los ingenios sublimes? Lo cal- » culo por mí mismo, que me considero feliz » cuando hablo con algunas personas proceden- » tes de allí. Hagan consistir los miserables » avaros sus delicias en acumular riquezas; nos- » otros recreamos nuestra imaginación con- » templando tales maravillas. ¿Qué mas hicie- » ron los Fenicios cuando en comarcas lejanas » reunieron pueblos errantes y fundaron ciuda- » des? Á nuestros tiempos estaba reservado ver » dilatarse tanto nuestras concepciones, y apa- » recer tantas cosas nuevas en el horizonte. »

FIN DEL LIBRO DÉCIMOTERCIO

ACLARACIONES

AL

LIBRO DÉCIMOTERCIO

(A) pág. 302.

DEL COMERCIO DE LIBROS.

El primer indicio del comercio de libros aparece en los tiempos de David, como se ve en muchos pasajes del Antiguo Testamento. No consta si aquellos primeros escribientes ó amanuenses hicieron, para poner en venta, otras copias además de las destinadas al uso público, legal, genealógico ó histórico. En tiempo de Zenon, según atestigua Laercio, había en Atenas establecimientos públicos, llamados βιβλιοπωλεία, ó mas brevemente βιβλια, donde se vendían manuscritos. Acudían á ellos los estudiosos mediante una retribución, y los mismos mercaderes leían allí las cosas copiadas para saber la opinión de los doctos: así Hermodoro, discípulo de Platon, traficó con los escritos de su maestro sin consentimiento de este. Semejante comercio no tardó en extenderse á Sicilia, y pronto llegó á ser grande en Alejandria, donde había un mercado á propósito. Es probable que se difundiese también por otros puntos; sin embargo, no puede decirse por falta de noticias positivas y especificadas, cuales y cuántos fueron estos. Sabemos que hubo falsificaciones, ya por incuria, ya por engaño, y que se trató de ocultar estas no pocas veces con nombres célebres.

De los Romanos tenemos relaciones mas ciertas. Estos, durante la república, hacían copiar á los esclavos, que tenían el nombre de libreros ó bibliópolos; nombre que después se aplicó á los vendedores de manuscritos, y de ellos se hace mención en tiempo de los emperadores. Eran regularmente libertos, que habían sido ántes amanuenses: Ciceron, Horacio, Marcial, Catulo y otros nos dejaron memoria de Trifon, de Atrato, de Julio Lúques, de los hermanos Sasio, de Q. P. Valeriano, de Decio Ulpino, etc. Tenían sus oficinas en las plazas y calles principales, en los sigilarios, en el Argileto (*), alrededor del templo de la Paz, en el Foro Paladio, en la callejuela Sandalaria, donde, por confesión de Aulo Gelio, eran en mayor número. Allí también, lo mismo que en Atenas, se reunían los doctos y estudiosos; los anuncios de los manuscritos se fijaban en las puertas y columnas; el autor raras veces recibía un premio por su trabajo. Digo raras veces, pues parece que Arifon compró á Marcial sus *Aenia* y sus *Apophoretas*, y Q. P. Valeriano las poesías juveniles del mismo autor, y este no debe ser el único ejemplo. Si grande era el número

(*) Barrio de Roma.

(N. del T.)

de libreros y copistas en Roma, no faltaban tampoco en las provincias de tan vasto imperio, y como no estaba muy alto el precio de los manuscritos, los pedidos crecientes de los estudiosos y de los recopiladores les daban mucha salida.

En el siglo VIII los Árabes se señalaron por sus estudios y erudición, especialmente cuando los Abasidas llegaron á ser califas. Harun-al-Raschid y al-Mamun llamaron á su corte hombres doctos de todas las religiones y emplearon enormes sumas en manuscritos hebreos, siríacos y griegos, que hicieron después traducir al árabe. Con la afición á los estudios creció naturalmente el número de copistas, que se esparcieron por las costas de África, y de allí pasaron á España, Túnez, Argel y Fez que abundaban en códices, y también había muchos en la Península Ibérica, como lo atestigua la biblioteca del Escorial.

En Occidente, los estudios se habían concentrado poco á poco en los claustros, que crecieron y se dilataron admirablemente. Casi desaparecieron entonces de Europa los amanuenses, porque los mismos frailes copiaban; y aun en algunos conventos era esta una obligación estrecha de la regla. Así el comercio se circunscribió, y se introdujo el uso de los cambios y préstamos. Se acusa á los frailes desde muy antiguo (y esta mala costumbre no ha cesado todavía) de que por su culpa se han perdido muchas obras de literatura clásica, conservándose en su lugar otras de mucho menor valor respecto de aquellos preciosos é insignes monumentos de la antigüedad. Acusación injusta, si se atiende á que ellos, obrando así, no hacían sino obedecer á su institución, y mas si se reflexiona que las obras clásicas que poseemos, las debemos á los conventos en su mayor parte.

Cuando en el siglo XII pasaron las ciencias de los claustros á las universidades de Bolonia y Paris, el comercio de libros tomó también nuevo y mas lato movimiento. Pedro de Blois recuerda ya en su tiempo un librero público de Paris (*publicus mango librorum*), que á causa del rápido engrandecimiento de aquella universidad contó pronto muchos compañeros, reglamentados bajo el patrocinio de la misma con estatutos especiales (1239), que por no corresponder luego á las necesidades, fueron ampliados en 1275. Introdujéronse, no obstante, abusos, y para impedirlos y aniquilarlos, se vió la universidad en la precisión de publicar un severo decreto (1313), del que se infiere que se llamaban á la sazón *estacionarios* á los libreros propiamente dichos, y *libreros* á los corredores de libros. Esta ley fué jurada por veintinueve entre *estacionarios* y libreros, en cuyo número se comprendían dos mujeres. Lo mismo puede decirse de la universidad